CAPÍTULO II.

Atenágoras.

1.° Atenágoras, filósofo griego y valiente apologista de la religion cristiana, nació en Atenas en el primer tercio del siglo II. Vivió en los tiempos de los emperadores Aurelio Antonino y Aurelio Comódo. Era hombre de clarísimo ingenio, de mucha instruccion y de grande elocuencia. Conocia con profundidad las ciencias divinas y humanas. Su estilo es casi siempre claro, algunas veces algo afectado y siempre enérgico. Es irresistible el vigor de sus raciocinios. Publicó su célebre *Apología* titulada *Legatio pro Christianis* en el año 179, segun el cálculo del Cardenal Baronio. Otros historiadores bastante respetables dicen, que este libro se publicó once años antes. Esta opología se escribió con el objeto de rechazar y refutar las calumnias que se inventaban en aquel tiempo para hacer aborrecibles á los cristianos.

2.° Tres son las objeciones ó argumentos principales que se propone pulverizar Atenágoras en su célebre *Legatio pro Christianis*. Los fieles eran en aquel tiempo acusados como ateos, como culpables de incesto y reos de escandolosos, crueles y aun inhumanos banquetes. Atenágoras para rechazar estas tres horribles acusaciones, expuso con admirable claridad y brillante energía, los dogmas y la moral de la Iglesia; habló de la unidad de Dios, de la divinidad del Hijo y del Espíritu Santo, y del orígen y vanidad de los ídolos, y por último, en cuadros de portentosa elocuencia hizo ver cuáles eran las verdaderas costumbres de los cristianos. Demostró hasta la evidencia que ellos detestaban los ídolos y adoraban al Dios verdadero; que miraban con odio la impureza y hasta con horror el adulterio y el incesto; que en fin, en sus banquetes no se cometian crueldades ni eran manchados con ningun linage de inmundicia, antes, por el contrario, procuraban justificarse para recibir dignamente al Dios de la santidad y de la justicia. Traduciremos aquí un sólo párrafo para que se vea cómo discurria el gran apologista Atenágoras, cuánta era la viveza de su fé y cuál la índole de su moral. «Si nosotros, dice, creyésemos únicamente en la vida presente, entonces podría temerse que nos entregáramos á la carne y á la sangre y nos dejásemos arrastrar por la avaricia y la concupiscencia. Pero no sucede así: nosotros sabemos que Dios es luz infinita, que escudriña los más recónditos deseos de nuestro corazon; que tanto de dia como de noche vé todos nuestros pensamientos y oye

todas nuestras palabras; que por último, al abandonar esta vida perecedera, hallaremos en recompensa de nuestra virtud, otra vida mucho mejor, la vida del cielo.»

¡Qué fé tan viva! ¡Qué moral tan pura! ¡Qué sancion tan admirable! Estas son la única fé y la única moral que pueden salvar el mundo.

Además publicó Atenágoras un libro importantísimo, titulado *de Resurrectione mortuorum*. En esta importantísima obra se expone y defiende la doctrina de la Iglesia acerca de la inmortalidad del alma, de la resurreccion de la carne, del premio que han de recibir los justos en el cielo y de las penas con que eternamente han de ser castigados los malvados en el infierno. Eusebio no habla en su *Historia eclesiástica* de las obras de Atenágoras. San Gerónimo no hace tampoco mencion de este eminente apologista en su *Catálogo de los escritores eclesiásticos*. Sin embargo, las dos obras citadas de Atenágoras se han conservado en la *Biblioteca de los Padres*, tomo 1.°

Se conocen varias ediciones de las obras de Atenágoras. Nosotros sólo hemos visto la de Oxford, de 1706 y la de París de 1574.

3.° Atenágoras, como todos los Santos Padres, ha sido calumniado y desfigurado por los enemigos de la religion católica. Vacherot en el tomo 1.° de la *Historia crítica de la escuela de Alejandría*, pág. 232, hace un absurdo paralelo entre San Justino y Atenágoras, suponiendo que el primero tenía nociones más confusas que el segundo acerca del misterio de la Santísima Trinidad. En la pág. 233 añade que «la doctrina de Atenágoras señala un progreso evidente en el dogma de la Trinidad, aunque todavía se muestra muy distante de la doctrina precisa y completa á que llegó más tarde la teología cristiana.» Aquí, como en toda su obra. Vacherot muestra sacrílego empeño en pervertir á los ignorantes, haciéndoles creer que los dogmas no son verdades eternas, reveladas por Dios, sino teorías convencionales inventadas y recibidas por los hombres.

Es cierto que Atenágoras habló más de la Trinidad que San Justino. Pero ¿qué prueba esto contra el dogma de la Santísima Trinidad? ¿Están acaso obligados los apologistas de la religion á tratar todos de todos los asuntos religiosos? ¿Podrá decirse nunca que Santo Tomás, v. gr., no creia en la autoridad eclesiástica, porque no hizo una compilacion del derecho Canónico? ¿Cómo pues se dice que San Justino tenía nociones más confusas que Atenágoras acerca de la Trinidad, sólo porque no tuvo ocasion de tratar extensamente este augusto misterio? Atenágoras y San Justino fueron contemporáneos. En sus doctrinas pues, como de un mismo tiempo, no hubo ni pudo haber el *progreso* que señala Vacherot.

Y no contento con lo dicho, este calumniador de lo Santos Padres añade, que «Atenágoras estuvo *muy distante* de conocer la doctrina *precisa y completa* del misterio de la Trinidad.» Así se expresa el sofista incrédulo; veamos ahora lo que dice el mismo Atenágoras, *Legatio pro Christianis*, párrafo 10: «El Hijo de

Dios, dice, es el Verbo del Padre, su idea y su operacion. Todo ha sido hecho por Él y en Él. El Padre y el Hijo son una misma cosa. El Padre está en el Hijo y el Hijo está en el Padre, en la unidad y en la virtud del Espíritu Santo.» ¿Puede decirse nada más claro acerca del dogma de la Santísima Trinidad? ¿Cómo pues afirma Vacherot que Atenágoras no conocia la doctrina *completa* y *precisa* de la teología cristiana? Hay más todavía. El mismo Atenágoras, en el lugar y párrafos citados, dice lo siguiente: «Se nos llama ateos á nosotros que predicamos á Dios Padre, Dios Hijo y Dios Espíritu Santo, en la unidad de su omnipotencia y en el órden de su distincion.» ¿Quién sabe hoy más que Atenágoras acerca de la Santísima Trinidad? ¿Qué innovacion hay aquí? Ninguna. Nosotros creemos lo que Atenágoras, y Atenágoras lo que Jesucristo cuando enviaba á sus apóstoles á predicar el evangelio en todo el mundo y á bautizar á todas las gentes en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Los dogmas de nuestra santa religion no son inventados por el hombre, son revelados por Dios, y siempre serán venerados como verdades inmutables y eternas.

Tambien se ha querido presentar á Atenágoras como enemigo de la creacion y defesor de la eternidad de la materia. Bien se conoce que cuando Vacherot se expresa así, ó no sabe lo que dice, ó dice lo que es falso por odio sistemático á la verdad. Atenágoras mismo lo refuta explícita y terminantemente, diciendo lo que á continuacion copiamos: «El mundo ha sido hecho por Dios, Dios no tenia necesidad de la crea-

cion. Dios se basta á sí mismo. Dios ha hecho el mundo como una casa ó como su instrumento.» Estas palabras que se hallan en la *Legacion por los Cristianos*, pár. 16, demuestran que Atenágoras no era panteista; que creia en el dogma de la creacion; que rechazaba la absurda y sacrílega máxima de que la creacion era una necesidad en Dios; que en fin, consideraba el mundo solo como una cosa contingente, que ha podido existir, y sólo existe porque Dios ha querido darle la existencia. Lean y mediten estas palabras los que revuelven las obras de los Santos Padres, con el diabólico intento de hallar en ellas blasfémias contra Dios y absurdos sofismas contra los dogmas de la religion católica.

Además añade Atenágoras: «¿Cómo se nos llama ateos, cuando separamos á Dios de la materia, diciendo que Dios y la materia son cosas diversas, cuando demostramos la diferencia que existe entre Dios, sér increado y eterno, y la materia, sustancia creada y corruptible?» (*Legatio pro Christianis*, pár. 4.°)

Véase pues, á lo que se reducen las declamaciones de los modernos panteistas, fundadas en lo que llaman ellos doctrina de los Santos Padres. Todos los testos que se citan, ó están truncados, ó se hallan mal traducidos, ó son completamente falsos. Los impios que no cesan de conspirar contra la verdad, intentan desfigurar todas las fuentes de la tradicion y no pueden dejar en paz, ni aun en el polvo de las Bibliotecas, las grandes obras de los Santos Padres. Por lo mismo

que se quiere enturbiar el orígen de nuestras sagradas tradiciones, es hoy quizá más necesario que nunca el estudio de los primeros testigos de nuestra fé y los más antiguos apologistas de nuestra religion santa.

CAPITULO III.

San Clemente de Alejandría.

1.° San Clemente de Alejandría, padre griego, hizo profundos estudios y se mostró sumamente instruido en la filosofía platónica. Fué discípulo de San Panteno, y en el año 190 le sucedió en la direccion de la célebre escuela de Alejandría. San Clemente dió grande explendor á la escuela y tuvo la fortuna de formar discípulos de tanta celebridad como Orígenes y Alejandro, obispo de Jerusalem. La persecucion obligó á San Clemente á retirarse de Alejandría, no por miedo á la muerte, sino por evitar el crímen, el homicidio que querian perpetrar sus perseguidores. No consideraba el martirio como un mal, sino como un favor de Dios, que nos abrevia el camino del cielo. San Clemente no creia que el martirio debia *provocarse*, pero aseguraba que se podia, y aun se debia *acep-*